

*EN EL CASTILLO DE HAMLET. LA EDUCACIÓN DE LOS ADULTOS.**

A mediados de julio, me trasladé a Ginebra. Iba a presentar a otro Consejo (el Económico y Social de la ONU) el informe de lo hecho por la UNESCO, de 1948 a 1949. Allí sí estaba presente la URSS. Y, aunque su delegado se mostró desdeñoso y frío, el ECOSOC –por 13 votos favorables– aprobó una resolución en la cual expresaba satisfacción por el informe y rogaba a la UNESCO que continuara concediendo atención especial a los países devastados por la guerra y a los insuficientemente desarrollados.

Algo nuevo empezaba ya a hacerse. El 16 de junio, había yo presenciado el interés de muchos maestros deseosos de coordinar y perfeccionar los procedimientos utilizados en la educación de los adultos. Aludo a la Conferencia que se efectuó en Dinamarca, bajo el patrocinio de la UNESCO y del gobierno danés. El sitio elegido no podía ser más simbólico. Fue el castillo de Kronborg, en Elsinore. No es, sin duda, el que Shakespeare imaginó. Nada medieval ni sombrío tienen sus muros y sus salones. El sol de junio no permitía evocar a ningún espectro. Sin embargo, el nombre del castillo estaba asociado, en nuestro espíritu, al recuerdo de Hamlet, príncipe de las dudas. Y, como Hamlet, el mundo vivía interrogándose a cada momento: "¿Ser o no ser?"...

Ante los maestros reunidos en Kronborg, esas palabras cobraban un contundente significado. Sí, todos querían ser. Pero, según les manifesté, ser no es nada en sí mismo, porque nadie es –en ningún instante– sino lo que está pretendiendo ser. Desde que nacemos, somos sólo proyecto, proyecto vivo, y la existencia se nos ofrece como un programa por realizar. El niño es un proyecto de adolescente. El adolescente un proyecto de adulto. Y el adulto, en verdad, ¿qué es? ¿De qué obras somos nosotros, todos nosotros, sólo el proyecto?

En la enseñanza de los adultos, nada puede ceñirse a los habituales métodos escolares, pues el mayor obstáculo para impartirla obedece a la soledad en que vive, frecuentemente, el adulto que necesita ser reeducado.

* El desierto internacional. Memorias, 2ª ed., Ed. Porrúa, México, 1981, pp. 26-28.

Pocas veces esa soledad ha sido tan dura como en el mundo de nuestros días. El niño se mueve dentro de su generación, como en una atmósfera protectora. El adolescente se descubre a sí mismo en cada aventura de su sensibilidad o su inteligencia. Pero el adulto corre el peligro de no poder refugiarse en ninguna parte. Expulsado de su generación por los egoísmos en pugna que padece cada persona, y expulsado de su conciencia por el temor de verse al espejo tal como es, sin ilusiones y sin perdón, no tiene más que un dilema: ser él mismo, aislándose del conjunto, o abdicar de sí mismo en la voluntad anónima de la masa. Lo primero acontece, a menudo, en las democracias capitalistas. Y lo segundo es el precio que cobran las dictaduras para que el individuo tenga zapatos, vista uniformes y aplauda al régimen. Entre aquel aislamiento y esta renunciación, el adulto debería normarse por un concepto que ha de ser el remate de toda estructura pedagógica bien concebida: la fraternidad del destino humano.

Tuve la fortuna de que coincidiese conmigo, en Kronborg y en Copenhague, un notable ministro de Instrucción Pública, el doctor Frish, miembro eminente del gobierno de Dinamarca. Gracias a él, se reunió la Comisión Nacional danesa. Explicué, en esa reunión, las decisiones que había aprobado el Consejo Ejecutivo para concentrar el programa de la UNESCO. Asistía a la junta, como invitado, el profesor Sommerfelt, de Noruega, y se hallaban presentes algunos intelectuales suecos. Los países escandinavos forman un triángulo indisoluble. Suecia, que no era aún miembro de la Organización, ingresaría en ella meses más tarde, aumentando así nuestro elenco europeo. Suiza había sido recibida el 28 de enero, y Mónaco lo sería el 6 de julio.

La educación de los adultos subrayaba la conveniencia de intentar una campaña internacional contra el analfabetismo. Congregados, a moción de la UNESCO y con el apoyo de la OEA, educadores de varios países latinoamericanos organizaron un seminario de estudios en Quitandinha. El doctor Nannetti se había puesto en contacto con el personal de la OEA. Y designé a Jean Piaget, director de la Oficina Internacional de Educación, para orientar los trabajos del seminario. Ambos me recomendaron que enviase un mensaje a los profesores reunidos en Quitandinha.

Evoqué el ambiente de aquel lugar, donde había vivido horas tan agitadas –en 1947– cuando participé en la redacción del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Y evoqué, al mismo tiempo, los esfuerzos que tuve que hacer, en mi país, de 1944 a 1946, durante la Campaña Nacional contra el Analfabetismo.

Nadie es bastante rico, ni los más ricos –pensaba yo–, para comprarse un progreso auténtico. Así lo apunté en mi mensaje a los maestros latinoamericanos. Como los hombres, los pueblos han de escoger entre dos caminos: o copiar las fórmulas

de un desarrollo económico artificial, y –por artificial– transitorio y vano; o desarrollarse esforzadamente, tomando cada problema desde su origen. Esto demanda humildad, constancia y –en todos los planos imaginables– educación. Lo inmediato, lo más urgente, sería enseñar a leer, a escribir y a vivir a los iletrados.

Años antes, me había impresionado cierta visita que hice en no recuerdo qué provincia de México, a un centro popular de alfabetización. Bajo un techo de paja, una improvisada maestra enseñaba a un grupo de campesinos. Una tela negra y mal encerada les servía de pizarrón. Tras de haber hecho leer varios trozos a las discípulas, expresé el deseo de que una, la menos joven, escribiera dos o tres frases, que elegí de la cartilla empleada por la instructora. Sin vacilaciones, la alumna trazó las frases que le dicté. Me sorprendió aquel mecánico automatismo. Y le rogué que escribiese su nombre. Aquélla, para su mano y para su espíritu, era una prueba nueva. Tomó el gis con recelo y, letra por letra, comenzó a dibujar su nombre en el pizarrón. Cuando hubo terminado, lo leyó varias veces en voz muy baja. Y, de pronto, ante la sorpresa de todos, se echó a llorar. Aquellas lágrimas no delataban la menor amargura. Al contrario. Revelaban, en quien las había vertido, un hallazgo conmovedor: el de encontrarse a sí misma súbitamente, tras de años que equivalían, por la ignorancia, a una ausencia del propio ser... En esas líneas, de caracteres toscos y primitivos, se veía ella más limpiamente que en un espejo, con su pobre pasado a cuestas, humilde y dócil –pero, también, con un porvenir, que era ya promesa–.

Incluí la anécdota en mi mensaje a los profesores de Quitandinha. Y, antes de enviar el texto a los traductores (porque todo documento, en la UNESCO, tenía que traducirse al francés y al inglés), me quedé solo frente al recuerdo de muchos detalles de mi pasado. ¿Qué hacía yo en ese despacho, frente a tantos asuntos pendientes y tantos problemas sin solución? Pocos minutos más tarde, se abriría otra vez la puerta. Y entraría algún empleado, con otro cúmulo de papeles...

...

